

Adiós, hasta mañana

Por Carlos Rego

Ruta 66 | 2009

Durante cuarenta años, William Maxwell (1908-2002), fue editor literario de *The New Yorker*, y desde ese puesto, aconsejó y orientó a escritores como John Cheever, J.D. Salinger o John Updike, que llega a considerarlo una de las voces "más sabias y tiernas de la ficción norteamericana".

Ambos adjetivos cuadran perfectamente con *Adiós, hasta mañana*, una sentida novela corta en la que el autor se deja llevar por unos vagos recuerdos de infancia para ajustar cuentas con un hecho que le obsesiona desde aquellos años: la ruptura de sus amistad con Cletus, el hijo del autor de un crimen terrible, con el que jamás volverá a cruzar palabra a pesar de haber sido durante una temporada su único compañero de juegos. A partir de ahí, Maxwell repasa sutilmente pero con franqueza su vida familiar -la devastadora muerte de su madre, el efecto de las actuaciones de los mayores en la vida de los niños-, y trata de indagar en las razones de su remordimiento actual. En ese intento de poner en claro su pasado, realidad y fantasía se entremezclan continuamente, y muchas de las reminiscencias no parecen del todo claras cincuenta años después.

Finalmente, el deseo de llegar a saber los porqués de su obsesión le lleva a reconstruir un pasado que no conoció más que a retazos, y la segunda parte del libro es un magistral cuento dentro del principal en el que el autor imagina la dramática historia de amistad, celos y venganza que desembocaría en el trágico final, cerrando el círculo de manera ejemplar.